

EL ORIGEN DEL EVANGELIO

Guatemala, 24 de Febrero de 2016.-

El evangelio que nos ha presentado la religión evangélica, es al estilo del “cine”. Normalmente cuando vamos a ver una película al cine, nos acomodamos, hablamos, comemos, pero al nomás comenzar la película nos callamos y nos volvemos espectadores hasta que termina la función. Luego que la película termina, nos paramos, nos estiramos y salimos en tropel cada quien por su lado. Normalmente ni nos damos cuenta quien estuvo a la par nuestra, pues, no llegamos a hacer amistad sino a ver la película. Exactamente eso es lo que pasa hoy en día en las reuniones “evangélicas”, y déjeme decirle algo muy serio: satanás se alegra que así sean las cosas.

Esta es una tendencia bien marcada hoy en día porque tales actitudes están plasmadas en nuestros genes. No pretendo decirle que vamos a superar esto de la noche a la mañana, pero por algo hay que empezar la restauración del Evangelio de nuestro Señor Jesucristo.

Quiero animarlos e instruirlos para que no sean sorprendidos por las opiniones y las críticas de los demás y que ustedes no duden en su fe. El apóstol Pedro dijo: “... *santificad a Cristo como Señor en vuestros corazones, estando siempre preparados para presentar defensa ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros, pero hacedlo con mansedumbre y reverencia*” (1 Pedro 3:15). Mi deseo es confirmarlos en esta fe que nos es común, quiero que se sientan libres, que después de atender este mensaje ustedes puedan estar seguros que el Evangelio de Dios vale la pena aunque así las multitudes no nos aplaudan, y aunque tengamos que perder muchas cosas, vale la pena perseverar en pos de un Evangelio restaurado.

Para introducirme al mensaje, quiero recordarle el origen del Evangelio que nosotros creemos. Si pudiéramos retroceder en el tiempo, el apóstol Juan nos diría de manera simple y clara el origen del Evangelio, gracias a Dios él dejó escritas éstas cosas: “*Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y lo que han palpado nuestras manos, acerca del Verbo de vida. (pues la vida fue manifestada, y nosotros la hemos visto y damos testimonio y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre y se nos manifestó); lo que hemos visto y oído, os proclamamos también a vosotros, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y en verdad nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo*”. (1 Juan 1:1-3)

Si vamos a hablar del verdadero Evangelio, tenemos que decir que éste no tiene su origen en una receta doctrinal, éste es el primer gran cambio que nosotros debemos ver. Debemos darnos cuenta que la Biblia tiene dos pactos; el hecho de que nosotros tengamos sesenta y seis libros reunidos en uno solo, eso no quita la diferencia que existe entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. El Antiguo pacto es diametralmente opuesto al Nuevo Pacto, aunque Dios haya hecho ambos. Tenemos que entender que el Evangelio de Jesucristo, es decir, el Nuevo Pacto no es un montón de conceptos, sino es la persona de Cristo misma. Este punto cambia completamente la naturaleza de lo que nosotros creemos con respecto al Evangelio.

Cuando Dios empezó a tratar con los Israelitas, Él bajó al monte Sinaí e hizo un alboroto tan grande que si una bestia se acercaba al monte, flechas salían de él y lo traspasaban. La gloria de Jehová se mostró al pueblo de Israel con un estruendo tal, que cualquiera que estaba cerca al monte deseaba no escuchar cuando cuando la Divinidad descendía. Dios le dijo a Moisés que subiera al monte Sinaí, que llevara dos tablas de piedra, y en ellas Dios mismo escribió leyes al pueblo de Israel. El Antiguo Pacto comenzó con el decálogo y con más de quinientos mandamientos que componían la Ley. El Pacto que Dios hizo con los hijos de Israel fue: “*El que cumpla los mandamientos, vivirá*”.

Es obvio que Dios no tenía en su mente que los hombres se aferraran a los conceptos y a la ley, lo que Él quería era revelarles la condición caótica en la que se encontraban. Dios quería que la Ley

se convirtiera en una especie de ayo (maestro), para que ésta les mostrara sus errores a los hombres, y así llegaran a la conclusión que ninguno podía alcanzar perfección por sí mismo. Todo esto preparó el camino para que apareciera Dios en carne, Cristo Jesús, el autor de un Nuevo Pacto, totalmente distinto al Antiguo.

Hermanos, cuando hombres faltos de entendimiento toman la Biblia y predicán sin tener reparo, y no tienen delicadeza en separar la naturaleza del Antiguo Testamento con el Nuevo, hacen un enredo tan grande que ni ellos mismos saben lo que es el Evangelio. Estos hombres se confunden tanto en la Biblia misma, que presentan el Nuevo Testamento como algo igual al Antiguo, pues su fundamento es: *“hagan esto y vivirán”*. Según el apóstol Juan, el Evangelio que nos presentaron a nosotros es una persona, Jesucristo. El Jesús en el que creemos fue el resultado del designio y la voluntad divina, a Él le plugo un día tomar carne humana, habitar en un cuerpo, nacer como un hombre normal del vientre de una mujer y habitar entre los hombres. Hemos perdido de nuestra boca este mensaje, al igual que perdimos en algún momento el Nombre maravilloso de nuestro Señor: Emmanuel. Casi nadie se refiere a Cristo como *“Emmanuel”*, pero la Biblia dice se debería llamar así, pues, su significado es *“Dios con nosotros”*. Esto es el Evangelio, tener la experiencia que Dios habita con nosotros.

Si vamos a la parte primigenia del Evangelio, éste comenzó a ser efectivo cuando Dios se metió en un Cuerpo. El apóstol Juan dice: ***“Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad”*** (1 Juan 1:14). El Señor vino a este mundo en carne, cuando este evento se llevó a cabo, los hombres contemplaron Su gloria. Según lo que dice este verso, la única forma en la que los hombres puede contemplar la Gloria de Dios, es cuando Él está manifestado en carne. Esto es básico y necesario entender para poder dar fe de nuestro Evangelio. Por otro lado, el apóstol Juan nos describe que el Verbo no sólo vino, sino *“habitó entre nosotros”*, es decir, compartió Su Vida con los hombres.

Cristo fue un hombre normal como todos los demás, Él no fue como Adán que fue hecho de una sola vez un hombre maduro, Cristo nació del vientre de una mujer. En nuestro Evangelio tenemos que considerar a un Cristo que durante treinta años vivió y se desarrolló como cualquier ser humano; luego vemos también que durante tres años y medio, éste Jesús tuvo un ministerio impresionante. Nosotros no debemos fincar nuestro evangelio sólo en los tres días que Él murió y resucitó, sino ver detrás de líneas que el mayor deseo de Dios era cohabitar con el hombre. El deseo más sublime de Dios antes de hacer la creación era un día poder convivir con la raza humana, al punto de que ésta se convirtiera en el Cuerpo de Su expresión, éste es el misterio del Cuerpo de Cristo.

Si quisiéramos resumir el origen del Evangelio, podemos decir que Dios se unió a la humanidad, vivió con la humanidad, murió y resucitó por la humanidad, ascendió al cielo y luego descendió como Espíritu vivificante para habitar en cada uno de los hombres. El ciclo de nuestro Señor Jesucristo se cerró cuando Él pudo venir nuevamente a morar en los corazones de los hombres. Cada vez que alguien cree en Jesús y le recibe en su corazón, el ciclo vuelve a comenzar. Con la llegada del Espíritu Santo a cada mortal, se reinicia la misma historia de lo que sucedió en Belén, Dios, el Cristo Espíritu una vez más se hace carne. Nosotros somos y tenemos la misma naturaleza que Cristo. Dice Hebreos 2:11 ***“Porque el que santifica y los que son santificados, de uno son todos; por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos...”***, ¿Puede captar más claramente qué es el Evangelio? Esto es como sucede lo que sucede en el plano natural, el requisito para que dos personas sean hermanos, es que hayan sido engendrados por el mismo padre y la misma madre. Claro, hay casos en los que dos personas son hermanas y son diametralmente opuestas. Es lo mismo que nos sucede a nosotros en lo espiritual, la misma divinidad que entró en Jesús, también entró en nosotros el día que creímos, pero por supuesto, la diferencia entre nosotros y Jesús es abismal. En naturaleza nosotros somos hermanos del Señor, por lo tanto, el Evangelio inicia en nosotros el día que Su naturaleza llega a nuestro ser, éste es el misterio de Cristo.

El ser divino que entró a morar en nuestro corazón, no sólo tiene la cualidad de ser Espíritu vivificante, sino además, es un ser corporativo-orgánico. Para que entendamos y creamos estas palabras, leamos lo que dice *Juan 14:8* **“Felipe le dijo: Señor, muéstranos el Padre, y nos basta. v:9 Jesús le dijo: ¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo, pues, dices tú: Muéstranos el Padre? v:10¿No crees que yo soy en el Padre, y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí, él hace las obras. v:11 Creedme que yo soy en el Padre, y el Padre en mí...”** Estas palabras demuestran la naturaleza corporativa de Dios. Suena raro, pero la realidad de la divinidad es que Cristo está en el Padre, el Padre en el hijo, pero a la vez son Espíritu, Cristo dijo que Él era el Consolador que habría de venir. ¡Grande es este misterio de la Trinidad! Yo no quiero complicarle el Evangelio, ni su fe, sólo quiero decirle que si usted ha nacido realmente de nuevo, Dios mismo está morando en usted. Aunque seamos lo más miserable en nuestra naturaleza, si creemos en Cristo, el Dios triunfo habita en nuestro ser. Aún en lo natural vemos que la mala conducta de un hijo no pelea con la paternidad; si bien es cierto que muchos padres se arrepienten de haber engendrado tales hijos, no pueden negar la paternidad. Así nos pasa en el Evangelio, Cristo entró a nuestro ser, y fuimos engendrados como Hijos de Dios, independientemente de cómo seamos. Nosotros venimos a ser Hijos de Dios por tener al Hijo morando en nuestro ser. Leamos las siguientes citas:

Romanos 8:9 **“Sin embargo, vosotros no estáis en la carne sino en el Espíritu, si en verdad el Espíritu de Dios habita en vosotros. Pero si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, el tal no es de El”.**

Santiago 4:5 **“¿O pensáis que la Escritura dice en vano: El Espíritu que él ha hecho morar en nosotros nos anhela celosamente?”.**

Juan 14:23 **“Respondió Jesús y le dijo: El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él...”.**

Los que somos hijos de Dios tenemos al Dios Triuno morando en nuestro ser. Esto es elemental entenderlo para no seguir cometiendo las atrocidades que por muchos siglos la Iglesia ha cometido.

Ahora, luego de lo orgánico, es decir, de tener la experiencia del Verbo viniendo en carne, viene otra etapa que tenemos que experimentar: **“El Cristo Corporativo”**. Nuestra Vida en Cristo se limita si no vivimos en la esfera corporativa. Yo sé que la experiencia de muchos creyentes, al venir a Cristo, implicó amar a los hermanos de la Iglesia, pero con el pasar de los días tuvieron rivalidades con ellos. Yo recuerdo en mis años posteriores, luego de haberme convertido, que empecé a disfrutar y a tener conciencia del don que Dios me había dado para predicar, y me alegraba cuando alguno de los hermanos líderes no llegaban a predicar, porque sabía que me podían decir a mí que predicara. Imagínese, yo no reparaba si el hermano estaba enfermo, o si había caído en pecado, sencillamente me alegraba de que no llegara porque me quedaba a mi la oportunidad de compartir. Eso se llama egocentrismo, eso es ser individualista, ese es el camino que nos forjó la religión evangélica. Hermano, discúlpeme pero eso no fue lo que nos enseñó nuestro Señor Jesucristo, lo que Él hizo al llegar a sus treinta años fue vivir entre los hombres. El Señor al iniciar Su ministerio, lo primero que hizo fue rodearse de los doce, así lo dice *Marcos 3:14* **“Y designó a doce, para que estuvieran con El y para enviarlos a predicar”**. Jesús en Su ministerio siempre estuvo rodeado de gente. Lo que vemos en Cristo a sus treinta años es a un hombre corporativo, un hombre que aprendió a convivir con Sus discípulos. Fue tal lo que el Señor quiso impregnar en ellos, que antes de ser llevado al cielo, **“estando juntos, les mandó que no se fueran de Jerusalén”** (*Hechos 1:4*).

El Dios corporativo que está dentro de nosotros sueña expresarse a través de nosotros, sólo que obviamente no lo hará de manera individual, pues, ni siquiera Él es individual, Él es Triuno. Dios insiste en que nos amemos y nos reunamos porque sólo cuando estamos juntos somos el molde perfecto para que ese Dios corporativo se exprese. Al igual que Jesús entendió esto, también los

apóstoles lo captaron, y por esa razón ellos se dedicaron a establecer Iglesias locales. Es inevitable que tenemos que estar juntos, lo dijo Dios, lo diseñó Él. La vida natural nos enseña que cuando llegamos a la ancianidad, nos volvemos más dependientes de alguien más; toda persona que en su edad senil no acepte la dependencia, sufrirá más de lo normal. Igual conciencia debemos tener en lo espiritual, entre más avance tengamos en el Señor más dependientes nos debemos volver de los hermanos. No podemos ir en contra de la naturaleza del Dios Triuno que habita en nosotros. Dios quiere usarnos, quiere que lo expresemos, pero estando ligados al Cuerpo. La única manera de expresar a Dios es que los muchos hagamos una unidad.

Las denominaciones son nocivas, precisamente, porque nos independizan del Cuerpo de Cristo; éstas nos enseñan a ser exclusivos, y tristemente, ese mismo espíritu engendran en los creyentes que las conforman. Es imposible que Dios pueda expresarse en creyentes individualistas, que oran solos, que creen que no necesitan de los hermanos. Muchos creyentes cuando ven a un hermano en una debilidad o un pecado dicen: “hay que Dios lo ayude a ese hermano, yo sigo adelante sólo”, pero eso no es estar ligados al Cuerpo de Cristo, eso es religión. Hay otros que dicen: “yo no tengo problemas con nadie”, por supuesto, si llegan al “culto” cuando ya ha comenzado la reunión y se van unos minutos antes que termine. Esos pensamientos torcidos debemos vomitarlos, son pensamientos religiosos que van en contra la Vida de Iglesia. En una ocasión el Señor dijo: **“Un mandamiento nuevo os doy: que os améis los unos a los otros; que como yo os he amado, así también os améis los unos a los otros. v:35 En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si os tenéis amor los unos a los otros”** (Juan 13:34-35). A esto debemos apuntarle, a hacernos uno con nuestros hermanos, a responder al principio de lo Orgánico y lo Corporativo. Hermanos, éstas cosas que les digo no son requisitos para que alguien se convierta al Señor, sino para que tengamos un avance como Iglesias de Cristo.

El Señor nos enseñó a orar: **“Padre nuestro...”**, imagínese lo profundo de esta revelación, que aun estando a solas, encerrados en nuestra habitación, debemos orar “Padre nuestro...”, y no “Padre mío”. Para Dios no existe el lenguaje individualista, para Él sólo existe lo corporativo. Ante los ojos de Dios lo más grande es Su Iglesia. Hoy en día, muchos creen que lo más grande del Evangelio son los “ministros”, pero eso no es así, lo más grande es la Iglesia de Cristo, lo más grande es el Plan de Dios. Tampoco lo más grande que tenemos en el Evangelio son los “Templos”; cuanto dinero invierten las denominaciones en construcciones y en el mantenimiento de los locales, sin embargo, para Dios ha de ser indigno que se gaste tanto dinero en edificios materiales, seguramente, Él prefiere que atendamos las necesidades de los santos.

Oremos: *“Señor, permítenos practicar esta maravillosa Vida de Iglesia a la cual nos has llamado. Permítenos satisfacer tu corazón aceptando a tu Cuerpo, que son tus hijos, y que dependamos de ellos. Gracias por esta abundante revelación”. ¡Amén!*